

Un programa para el año 2000: inculturación del Evangelio, evangelización de la cultura

Cardenal Paul Poupard

1. El proceso de la inculturación en la perspectiva del tercer milenio

A las puertas del tercer milenio de la era cristiana, la mirada de la Iglesia se dirige al futuro. Es propio del cristiano el superar su tiempo, adelantarse a él, vivir en el presente como hombre del futuro¹. El germen de eternidad del Evangelio de Cristo transforma el corazón del hombre y le hace capaz de ofrecer al mundo un fermento de novedad, una levadura original, una semilla de progreso que, en medio de las áridas tierras de la historia, da frutos de perenne verdor. En este momento solemne de la historia, en que ya nadie se atreve a negar la hondura de la crisis cultural por la que atraviesa nuestra civilización, la Iglesia, con el Vicario de Cristo a la cabeza, difunde por doquier, con santa audacia, un mensaje de esperanza. Todavía resuena en nuestros oídos el grito vibrante con el que Juan Pablo II abrió su pontificado: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! [...]. ¡No tengáis miedo!»². Es ésta la clave del pontificado de un Papa que, plenamente consciente de su

¹ Cf. G. Chevrot, *El pozo de Sicar*, Madrid 1975, p. 184.

² Juan Pablo II, *Homilía* en la plaza de San Pedro, durante la misa de la inauguración oficial del pontificado (22 de octubre de 1978): *Juan Pablo II: Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1978, vol. I, pp. 82-83.

misión histórica —la de conducir con paso firme a la Santa Iglesia a cruzar con esperanza el umbral del tercer milenio— no se cansa de pedir al hombre de hoy que abra a Cristo «*los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo*»³.

Este tono ilusionado de su mensaje, no lo recaba la Iglesia de un optimismo filosófico que no tiene nada de cristiano. Si así fuera, la crudeza de la vida real nos pondría en evidencia como un hato de ilusos o de charlatanes. Lo que en cambio sí tiene la Iglesia es la experiencia viva de la redención de Cristo, del influjo vivificador y santificador de una gracia que alcanza el corazón del hombre —¡también del hombre de finales del siglo XX!— haciendo de él una criatura nueva. Como goza una madre con la criatura que ha dado a luz, la Iglesia dirige una mirada benevolente hacia el mundo y hacia la historia, entreviendo y experimentando ya, aún entre los espasmos del parto, la aurora de un amanecer en que Cristo lo será todo en todos. La masa del mundo aún no está fermentada, pero la Iglesia gusta ya el sabor de la sal evangélica que se diluye más y más sin conocer fronteras. Su virtualidad quizás sea difusa, pero su acción perfectiva para la cultura es decisiva. La comunicación fluida de los cristianos con su ambiente quizás no llame la atención, pero su fruto es un realzamiento eficaz y progresivo de las potencialidades humanas y espirituales de la vida de los hombres. Un impulso vivo anima a la Iglesia, que no tiene miedo a desvirtuarse en su expandirse por el mundo, pues su vocación es el amor. Y en su acción fecundante y regeneradora, la Iglesia no sólo no se debilita, sino que llega a su plenitud.

³ Ibid., p. 83.

2. La dimensión primariamente soteriológica de la inculturación

Es en esto precisamente en lo que consiste el proceso de la inculturación. Se ha insistido mucho en la necesidad de adaptar el mensaje del Evangelio a los lenguajes y estructuras simbólicas de los diversos pueblos. Pero esta dimensión de la inculturación, siendo legítima y necesaria, no es con todo la más importante. *La dimensión más importante de la inculturación es la propiamente soteriológica*⁴. «La inculturación se diferencia de una mera adaptación externa, pues significa una íntima transformación de los valores culturales auténticos por su integración en el cristianismo y por el enraizamiento del cristianismo en las diversas culturas humanas»⁵. Ello implica ciertamente la explicitación cultural del lenguaje revelado, pues la fe se transmite *ex auditu*. Pero dicha explicitación no es sino un medio para el saneamiento, regeneración y elevación de la cultura misma, según el «estilo» del Verbo encarnado. Es decir, que la inculturación ha de entenderse en un sentido profundamente dinámico y teológico, mucho más allá del contexto puramente catequético, litúrgico o pastoral de su acepción primera. Por ello, decir inculturación es poner de relieve todo el proceso de evangelización eclesial, y su misma culminación escatológica.

⁴ Cf. F. Miguens Dedyne, *Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II. Cómo anunciar el Evangelio a todas las gentes*. Prólogo del cardenal Paul Poupard. Madrid 1994, pp. 153-177.

⁵ G. Caprile [ed.], *Il Sinodo dei Vescovi. Seconda Assemblea Generale Straordinaria (24 novembre - 8 dicembre 1985)*, Roma 1986, *Relatio finalis*, II, D, 4, pp. 567-568: «Inculturatio tamen a mera adaptatione externa diversa est, quia intimam transformationem authenticorum valorum culturalium per integrationem in christianismum et radicationem christianismi in variis culturis humanis significat». Juan Pablo II se hará eco de estas palabras en la Carta encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990), n. 52: AAS 83 (1991) 299.

El proceso de la inculturación nace de la misma entraña evangelizadora de la Iglesia, de su ser más profundo, pues la Iglesia no existe sino para evangelizar⁶. Como brota de la fe, la inculturación exige un afinado discernimiento, penetrando como una espada de doble filo el tejido de las culturas humanas, para cercenar limpiamente todo elemento incompatible con los principios inmutables del Evangelio. Pero al mismo tiempo, la inculturación brota de un profundo amor y respeto por los valores humanos de la cultura en que el hombre vive, de una acogida benevolente de todo aquello que constituye su núcleo vivo y sólido, su fondo histórico y tradicional, sus actitudes y creencias profundas. Tal actitud amorosa y abierta se extiende incluso a los aspectos más aleatorios de la cultura, dado que estos, a pesar de ser relativos en su contenido, pertenecen al *proprium* de la naturaleza de cada cultura.

Pero la inculturación no podrá ser compatible nunca con una absolutización de los elementos aleatorios de las culturas. Por ello la Iglesia ve con preocupación a las culturas que se cierran sobre sí mismas, cayendo en la tentación de los nacionalismos exacerbados, cuya proliferación actual es una triste realidad. La cultura, en vez de cerrarse, ha de mantenerse abierta a los valores trascendentes, so pena de convertirse en una charca de bella apariencia, pero de agua enfangada y muerta. De modo análogo a las personas humanas, que sólo pueden crecer y madurar en apertura y relación a los demás, buscando la propia realización en la línea de los valores trascendentes, así las culturas particulares, sin una comunicación fluida con las demás culturas, sin una búsqueda de una cierta cultura universal dentro del respeto al pluralismo, sin una apertura a un proceso de humanización

⁶ Cf. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), n. 14: AAS 68 (1976) 13.

que nunca termina, se estancan y mueren, o, por lo menos, quedan inmaduras.

3. La apertura intrínseca de las culturas al Evangelio

La Iglesia, hablando de la inculturación, parte de un concepto de cultura profundo⁷. En palabras de Juan Pablo II, «*la cultura es la vida del espíritu; es la clave que permite el acceso a los secretos más profundos y más celosamente guardados de la vida de los pueblos*»⁸. En la cultura se encuentran riquezas inefables, todo aquello que constituye el alma de un pueblo, y que, al mismo tiempo, lo hace humano. Contemplada desde esta honda perspectiva, se comprende que la cultura tiene como alma la religión⁹. Si en todo hombre hay un anhelo de un Dios personal y trascendente que no se puede reprimir sin caer en graves alienaciones, también en toda cultura hay un núcleo religioso profundo que, si llegara a amputarse, la sumiría por la rápida pendiente de la degradación y la muerte. De ahí el drama de toda cultura que pretenda ser atea; pero de ahí también la intrínseca apertura de toda cultura a una genuina evangelización. Tal y como decía el Papa Juan Pablo II, el 13 de enero de 1986, a los miembros del Consejo Pontificio de la Cultura, reunidos en Roma para su Asamblea Plenaria, «*toda cultura está abierta a las aspiraciones más*

⁷ Cf. P. Poupard, *Iglesia y culturas. Orientación para una pastoral de la inteligencia*, Valencia—Mexico, D.F. 1988, pp. 189-190.

⁸ Juan Pablo II, *Discurso* al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (12 de enero de 1981): *Juan Pablo II: Enseñanzas al Pueblo de Dios, 1981: enero-junio (I)*, vol. IX, p. 330. La cursiva es del Papa.

⁹ Cf. Juan Pablo II, *Discurso* a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en la sede de la UNESCO, en París (2 de junio de 1980), n. 9: *Juan Pablo II: Enseñanzas al Pueblo de Dios, 1980: enero-junio (I-b)*, vol. VI, pp. 845-846; P. Poupard, *Parlare di Dio all'uomo postmoderno. Linee di discussione*, Roma 1994.

altas del hombre y es capaz de nuevas síntesis creadoras con el Evangelio»¹⁰. El Evangelio está llamado a penetrar el núcleo más íntimo de cada cultura, igual que la gracia cuando transforma el corazón del hombre, elevando intrínsecamente su naturaleza sin destruirla. El Evangelio es gracia, y como tal actúa desde dentro, operando una regeneración que no sólo conserva todo lo que es compatible con él, sino que además lo lleva a su plenitud.

La inculturación es ante todo un proceso salvífico. *«Es necesario inculturar el Evangelio a la luz de los tres grandes misterios de la salvación: la Navidad, que muestra el camino de la Encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado; la Pascua, que conduce a través del sufrimiento a la purificación de los pecados, para que sean redimidos; y Pentecostés, que por la fuerza del Espíritu posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios»*¹¹. Las características del proceso de inculturación son las que el Espíritu le imprime: libertad, espontaneidad, sabiduría, sensatez, respeto, delicadeza. El impulso de la inculturación le viene de arriba, de lo alto, de una esfera superior que trasciende a la misma cultura. Por ello, inculturar la fe no quiere decir hacer una relectura del Evangelio desde la cultura, sino juzgar la cultura desde el Evangelio en orden a su evangelización. Y el resultado del proceso, no será principalmente el cambio de pautas culturales, sino, especialmente, una revitalización sobrenatural. Desde este concepto profundo de inculturación se comprende que la síntesis entre cultura y fe «no es

¹⁰ Juan Pablo II, *Alocución*. Ad eos qui plenario coetui Pontificii Consilii pro Cultura interfuerunt coram admissos (13 de enero de 1986), n. 1: AAS 78 (1986) 655-656.

¹¹ IV Conferencia general del Episcopado Latinoamericano, *Conclusiones. Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana*. «Jesucristo ayer, hoy y siempre» (cf. *Hebreos 13,8*). Santo Domingo, República Dominicana, 12-28 de octubre de 1992, n. 230: CELAM, Santafé de Bogotá 1992, p. 144.

sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe»¹². También la cultura es objeto de la redención de Cristo.

4. La capacidad del hombre de trascender su propia cultura

Ahora bien: si la cultura es capaz de acoger en su seno este impulso redentor que nace de la fe, es porque tiene, en sí misma, la capacidad radical de autotranscenderse, de elevarse por encima de sus limitaciones, de dejarse iluminar por la luz superior que le llega. Tocamos aquí un punto esencial. Para un reduccionismo culturalista, el hombre genera la cultura y la cultura determina al hombre, sin que exista posibilidad de trascender esta dinámica de determinismo mutuo. Si se lleva este razonamiento hasta el extremo, se cae en el relativismo cultural, y se niega la misma capacidad del hombre de emitir un juicio sobre el grado de madurez, de desarrollo o de valor humano de las diversas culturas. Se objeta entonces que un discernimiento de esta naturaleza implicaría un etnocentrismo de base, una prepotencia injustificable para atreverse a juzgar culturas diversas a la propia en función de los parámetros de la cultura de origen.

Sin embargo, dicho razonamiento es falaz, porque no tiene en cuenta la genuina capacidad del hombre de elevarse por encima de sus diversos condicionamientos para hacer un juicio de valor. La

¹² Juan Pablo II, Carta apostólica en forma de *motu proprio*, por la que se unen en un solo Consejo el Consejo Pontificio de la Cultura y el Consejo Pontificio para el Diálogo con los no creyentes, *Inde a Pontificatus* (25 de marzo de 1993): AAS 85 (1993) 549: «... pro certo habentes "compositionem inter culturam et fidem esse postulatum non tantum ipsius culturae, sed etiam fidei", condidimus, anno MCMLXXXII, Pontificium Consilium de Cultura...».

cultura, como su mismo origen etimológico indica, hace alusión al cultivo de las facultades del hombre, a la potenciación de las posibilidades de su humanidad. De ahí su relación con la educación, que consiste en sacar a la luz, por un perfeccionamiento progresivo, lo que hay en el hombre, su misma humanidad. El hombre, estando abierto a un perfeccionamiento de sus potencialidades, tiene la capacidad y la exigencia de ser educado y culturizado. Pero en este proceso no se comporta jamás de modo puramente pasivo, no es semejante a la materia inerte que el artista modela. El hombre está llamado a dejarse formar —ya sea por el educador, ya sea por la propia cultura— pero siempre de forma responsable y libre. En este sentido, su formación será siempre una autoformación, por mucho que requiera de la ayuda insustituible de la sociedad y de los individuos con los que está en relación. Y si la persona está llamada a autoformarse, es porque es radicalmente capaz de ello. Por tanto, condicionamiento y determinismo no se identifican. La cultura condiciona, ciertamente, pero en el hombre siempre habrá espacio para esa autotranscendencia que posibilita el mismo progreso vivo de la cultura, así como su apertura a la gracia del Evangelio que la puede llevar a su plenitud.

5. La primacía de la persona sobre la cultura, como llamada a la responsabilidad

La consideración precedente sobre la capacidad de autotranscendencia de la persona humana, nos lleva a reflexionar sobre el primado de la persona. Ello es importante para no caer en la tentación de establecer un paralelismo demasiado estrecho entre la persona individual y la «personalidad» de que goza la cultura. Aunque la analogía entre cultura y persona es útil —como lo prueba el uso que de ella hemos

dado ya—, hay que tener en cuenta que las culturas no son personas. Con respecto a las personas, las culturas tienen razón de medio, y no de fin.

Ciertamente, la cultura, en cuanto medio, tiene un valor capital para las personas. Tal y como afirmaba Su Santidad Juan Pablo II en la *Carta autógrafa* al Cardenal Secretario de Estado, por la que creaba el Consejo Pontificio para la Cultura, «*la cultura es aquello a través de lo cual el hombre en cuanto hombre se hace más hombre y en la que se juega el destino mismo del hombre*»¹³. Ya la Constitución *Gaudium et spes* (n. 53), decía que «es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura». Y en este sentido, la contraposición dialéctica entre «*nature*» y «*nurture*», característica de tantos estudios antropológicos, parecería reduccionista.

Sin embargo, *a pesar del verdadero valor humanizador de la cultura, la cultura es del hombre y para el hombre, y no al revés*. Como afirmaba Juan Pablo II en la Sede de la UNESCO, «*la cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es*»¹⁴. Es el hombre el que crea la cultura, y no la cultura la que crea al hombre. Sostener lo contrario, como hace el marxismo, es un culturalismo inaceptable. Ciertamente, la cultura es medio necesario para el per-

¹³ Juan Pablo II, *Carta*, Pontificium Consilium pro hominum Cultura instituitur, cui Em.mus P. D. Augustinus S. R. E. Presbyter Cardinalis Casaroli, a publicis Ecclesiae negotiis, praeficitur (20 de mayo de 1982): AAS 74 (1982) 684: «E, se la cultura è ciò per cui l'uomo, in quanto uomo, diviene maggiormente uomo, è in gioco, in essa, lo stesso destino dell'uomo».

¹⁴ Juan Pablo II, *Discurso* a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en la sede de la UNESCO, en París (2 de junio de 1980), n. 7: *Juan Pablo II: Enseñanzas al Pueblo de Dios, 1980: enero-junio (I-b)*, vol. VI, p. 844. Al transcribir el texto hemos corregido un error de traducción, sustituyendo «necesita» por «necesaria».

feccionamiento íntimo del ser del hombre; por ella —decía el Santo Padre en la misma ocasión— «el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, "es" más, accede más al "ser"». Pero, más radicalmente aún, es la misma cultura la que proviene del hombre; «el hombre es sujeto y término de la cultura, autor y artífice de la misma»¹⁵. Así lo expresaba el mismo Juan Pablo II en su significativo discurso a los hombres de cultura en la Universidad de Coimbra:

«La cultura proviene *del* hombre. El recibe gratuitamente de la naturaleza un conjunto de capacidades, de talentos, como los llama el Evangelio, y, con su inteligencia, su voluntad y su trabajo, le compete desarrollarlos y hacerlos fructificar. El cultivo de los propios talentos, tanto por parte del individuo como por parte del grupo social, con el fin de perfeccionarse a sí mismo y de dominar la naturaleza, construye la cultura»¹⁶.

El hecho de que el hombre sea el artífice de la cultura, apela con fuerza a su responsabilidad. Las estructuras de pecado que cristalizan en las sociedades, tienen su origen en los pecados de las personas individuales. Ante las corrientes secularizadoras que actúan en la cultura, no cabe atribuir las culpas a una sociedad hipostasiada, como si gozara de una personalidad plena. Son los hombres y mujeres concretos los que están llamados a responder a la llamada de Cristo, para contribuir, desde su responsabilidad personal, a la cristianización de la cultura en la que viven. Sólo desde esta conciencia clara puede llegar a inculturarse el Evangelio.

¹⁵ P. Poupard, «El dinamismo cultural de la fe», en *Scripta Theologica* 25 (1993) 1054.

¹⁶ Juan Pablo II, *Discurso* a los profesores, a los universitarios y a los hombres de la cultura, en la universidad de Coimbra (15 de mayo de 1982), n. 3: *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española 14 (1982) 354.

6. Ejemplaridad de la inculturación de los Padres de Iglesia

Una vez esbozadas las riquezas de los conceptos de cultura y de inculturación tal y como los entiende la Iglesia, quisiera deducir algunas pautas orientadoras para el momento actual al hilo de las conclusiones de mi conferencia inaugural para el Simposio Internacional «*Diálogo fe-cultura en la antigüedad cristiana*», celebrado en la Universidad de Navarra del 17 al 19 de noviembre de 1994. Mi intervención llevaba el título significativo: «*Los padres de la Iglesia: actualidad de una inculturación de la fe*». Y es que en la escuela de los Padres podemos aprender una verdadera lección que dé inspiración a nuestra generación para responder como cristianos a los problemas y angustias del momento actual¹⁷. Los Padres nos permiten desentrañar las raíces de la cultura cristiana, una cultura marcada por hombres de fe que, a lo largo de los siglos, lograron forjar en los habitantes de Europa una conciencia profundamente arraigada en los valores del Evangelio. Los Padres son para nosotros, en este final del siglo XX, los actores privilegiados y los testigos ejemplares de la inculturación milenaria del Evangelio. En la lógica de la Encarnación, ellos tuvieron la audacia de emprender la obra de expresar en los diversos lenguajes de su época la universalidad del mensaje de Cristo. Y supieron hacerlo discerniendo los auténticos valores culturales de la antigüedad, fecundándolos con el Evangelio de la salvación.

¹⁷ Cf. Congregación para la Educación católica, *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* (30 de noviembre de 1989), n. 3: AAS 82 (1990) 608.

Lo primero que aprendemos en los Padres, es que *en el proceso de la inculturación se necesita una apropiación crítica y selectiva de los elementos culturales y expresivos*, dado que no todo puede ser asimilado. Con firmeza, y exponiéndose a peligros gravísimos, los Padres no dudaron en defender el depósito de la fe frente a toda omisión o adulteración. En este sentido, son un emocionante modelo de fidelidad para todos los siglos de la vida de la Iglesia. Ellos vivieron intensamente el hecho de que desde la perspectiva de la revelación, en toda cultura se encuentran tanto elementos de gracia como de pecado, elementos que han de ser asumidos y otros que reclaman la ruptura.

La Escritura constituía el universo mental en torno al cual giraba todo el pensamiento de los Padres. Toda su reflexión está fundamentada en el texto revelado. También hoy nos hace falta volver al núcleo del Evangelio, para proponer seriamente la conversión y la incorporación a Cristo como el verdadero eje vital de la nueva evangelización. La profunda eclesiología de comunión de los Padres, centrada en los signos sacramentales del Bautismo y de la Eucaristía, nos invita a participar en el cuerpo eclesial como miembros vivos, y practicando el amor solidario como expresión del Espíritu.

La inculturación es una necesidad vital e inaplazable. El Evangelio no se puede quedar reducido a una sola cultura. Para ello es clave que se formen personas preparadas, que actúen de mediadores entre la fe y la cultura, y que tengan una conciencia profunda e íntegra tanto del mensaje evangélico como de las culturas en que el Evangelio es inculturado. De todos modos, *el valor fundamental sigue siendo la misma vida de los cristianos*, el testimonio de la verdad evangélica con los hechos. Todos los bautizados están llamados a este testimonio, que alcanza su manifestación suprema en el martirio. Sólo si la comuni-

dad eclesial vive en su vida concreta y cotidiana la novedad del Evangelio, podrá éste penetrar las realidades culturales.

Hablar de este testimonio vivo es fácil; vivirlo, es difícil. *El proceso de la inculturación es complejo, laborioso, y tiene sus riesgos.* Los Padres, a la vez que nos enseñan la valentía y la creatividad, son ejemplo de discernimiento vigilante. *La verdadera inculturación exige una gran libertad ante las diversas culturas,* aún cuando se corra el riesgo de la persecución. La auténtica inculturación no puede ser ecléctica. El cristiano no puede ir como a la caza de la verdad, queriendo integrar en su fe todas las posturas que le convengan o que le parezcan atractivas. Quien ha conocido a Cristo en profundidad, es consciente de estar en la única Verdad revelada, de la cual no es dueño, sino servidor¹⁸.

Los Padres de la Iglesia no envejecen, porque se han situado en la lógica de la Encarnación, y por tanto, su vitalidad y fecundidad son las mismas de Cristo. Acogiendo los valores de la cultura clásica, los han mirado desde la perspectiva de la fe, y les han dado su justo lugar. Ellos siguen enseñándonos hoy a trabajar denodadamente por descubrir la presencia de Dios en los valores culturales que son consonantes con el Evangelio, y a hacer que en las culturas se realice nuevamente el Misterio Pascual: Encarnación, Muerte y Resurrección, Pentecostés y Parusía.

Una experiencia auténtica de vida cristiana y una proclamación consciente del Evangelio, siempre serán antiguas en su contenido fundamental y nuevas en su forma de expresión. *Inculturar la fe re-*

¹⁸ Cf. P. Poupard, *Cercare la verità nella cultura contemporanea*, Roma 1994.

quiere un esfuerzo continuo y constante que no concluye jamás, porque mientras se camina, se descubren constantemente nuevas realidades que necesitan experimentar el acontecimiento de la Encarnación. A lo largo de este caminar terreno, la Santísima Virgen acompaña siempre a la Iglesia. Ella es para nosotros el «gran ejemplo de Evangelización perfectamente inculturada»¹⁹. Cuando Dios sea todo en todos, y la humanidad llegue a su realización total, se habrá concluido el proceso que la Iglesia ha realizado, realiza y realizará en todas las épocas, buscando ser fiel a la misión recibida. En otras palabras, el objetivo de la inculturación, en términos de San Pablo y de San Ireneo de Lyon, es «*recapitular todas las cosas en Cristo*».

CARD. PAUL POUPARD

El cardenal Paul Poupard nació en Angers (Francia) en 1930. Durante años fue rector del prestigioso Institut catholique, de París. Actualmente preside los Consejos pontificios para la cultura y para el diálogo con los no creyentes. Entre sus numerosos escritos destacan: «Iniciación a la fe católica», «El Vaticano, hoy», «Iglesia y culturas. Jalones para una pastoral de la inteligencia», «Construir el hombre del futuro», «Para una cultura de la civilización posindustrial», «Diccionario de las religiones», «Felicidad y fe cristiana», «Hablar de Dios al hombre posmoderno», etc.

¹⁹ IV Conferencia general del Episcopado Latinoamericano, *Conclusiones*, n. 15, p. 59, citando el *Discurso inaugural del Santo Padre*, n. 24, p. 25.